



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año II | Número 6 | Julio 2021

Vivisección, ontología y contraste. La condición humana en la obra de Santiago Betancur ¹

Antonio Correa Iglesias²

ancoiglesias@gmail.com

¹Al final del artículo, se incluye su versión en lengua inglesa.

² Profesor, Filósofo y Escritor. Coordinador del Programa de Filosofía y Ética en Cuba, Universidad de Miami. Asesor y tutor de tesis de doctorados, Multiversidad Edgar Morin, Mexico. Fundador/MRG de C&B Art Collection LLC. Asesor editorial/ columnista revista CdeCuba Art Magazine, Valencia, España. Columnista, Hypermedia Magazine. Colaborador de la Revista El Estornudo.

“... es en vano que toques la puerta, estamos adentro”

Borges

“[...] la violencia, el poder, la crueldad eran las capacidades supremas de los hombres que habían perdido definitivamente su lugar en el universo y eran demasiado orgullosos para anhelar una teoría del poder que les reintegrara sanos y salvos al mundo”

Los orígenes del totalitarismo. Hannah Arendt

El sujeto de la modernidad ha discernido históricamente en la disyuntiva de una “razón instrumental” o “emancipatoria”; prefigurando las condiciones a priori de una existencia, desprovista de esencia. ¿Qué es el sujeto moderno? sino una entidad como bien cotejara mi colega Denise Najmanovich “una sustancia pura, independiente, incorpórea pero interior -a la vez y paradójicamente-, al modo de un carozo que anida en el cuerpo pero que misteriosamente es radicalmente ajeno a él”³.



Los modelos teóricos de la modernidad ya sea en su dimensión filosófica, sociológica o política han hecho del sujeto moderno un hombre que no podía ser, sino que blanco, hombre -en el sentido del género-, heterosexual y patriarcal. Cualquier derivación de esta lógica secular carecía de sentido. Toda la narratividad argumental que viene de la tradición kantiana y hegeliana ha establecido -no solo en la comprensión del hombre- una suerte de “metafísica de la actividad teleológica” como condición ineludible para su existencia.

³ “Pensar la subjetividad. Complejidad, vínculos y emergencias” https://www.researchgate.net/publication/26476830_Pensar_la_subjetividad_Complejidad_vinculos_y_emergencia

El giro epistemológico y lingüístico que se comenzó a operar a inicios del siglo XX y que pone en perspectiva las fisuras del pensamiento racional positivista, relocaliza la indagación en torno a la comprensión del sujeto moderno.

El sujeto de la modernidad [el hombre] y su condicionamiento a priori ha conducido en la “tradición” posmoderna a una crítica de la racionalidad y la teleología dominante haciendo evidente la disolución de la entidad para que emerja de la noción de cuerpo. Como el cuerpo “posmoderno” carece de una finalidad a priori, la razón instrumental y emancipatoria, dan paso a la “acción comunicativa” [Habermas]; ejercicio hermenéutico y lingüístico que sustituye el curso teleológico del episteme moderno en su fuerte orientación escatológica una vez que trata de buscar una identidad no cifrada ya en el reconocimiento de la racionalidad instrumental sino en la evaluación de la individualidad y los contenidos que esta es capaz de generar, a través de niveles de orden y complejidad, algo que Heinz von Foerster en “Las semillas de la cibernética” llamó “sistemas auto-organizados” y los ambientes en torno a ellos.

La obra de Santiago Betancur podría inscribirse en este espacio intelectual sin que ello signifique un condicionamiento o reduccionismo. Lo que sí es cierto es que la obra tanto en pintura como escultórica de Santiago hace visible al otro de la condición humana, antítesis del sujeto de la modernidad.

La contundente, descarnada y nada relamida visualidad, hacen de la obra de este artista colombiano un creador visual consumido por una agonía que cobra sentido en sus preocupaciones existencialistas. La subrayada condición antropológica en la obra de Santiago Betancur conduce a una comprensión de lo humano en un deterioro profundo, en una cómplice descomposición de su condición fundante. Tanto su pintura, como sus esculturas en pequeño formato, colocan al cuerpo en la mesa de vivisección, exploran sus entrañas para tratar de hallar una identidad perdida, un tesoro que, como el anillo, se ha extraviado en el estanque. Si el sujeto de la identidad desaparece, solo queda un cuerpo descarnado en un “éxtasis” profundo. Hay placer también en el dolor, el cuerpo mortificado por el cilicio encuentra en el éxtasis de

Santa Teresa, la contemplación del argumento divino, aunque este sea, como ha sido, una premisa incumplida.



Tanto la pintura como la escultura de Santiago Betancur hacen coincidir estados contrastantes. Hay libido y morbosidad, lirismo y aberración, hay también consternación y éxtasis. Los cuerpos -amórficos- con algún vestigio de lo que un día fue humanidad, yacen con sus extremidades extendidas, como danzando, dispuestos a compartir su carne, su sangre, sus extintos fluidos en un rictus de amargura y desesperación. Tratando de vocalizar una queja, un suspiro que se transforma en un grito hecho silencio, los danzantes escamotean su sufrimiento para disimular lo que es una verdad contundente, nunca podremos escapar...

El manejo de la luz, las sombras y por consiguiente las penumbras recurrentes, crean un ambiente siniestro ¿habrá futuro para la humanidad? Y es que hay algo de escalofriante en la obra de Santiago Betancur, sobre todo en el manejo cromático que tanto me recuerda los procesos de descomposición de los cuerpos documentados en la fotografía de Andrés Serrano e o en el trabajo también fotográfico del artista cubano Rodney Batista. Sin duda alguna, la visualidad de Santiago Betancur es la antítesis a todo esfuerzo de complacencia, sus personajes descarnados nos enrostran una realidad, difícil de eludir, ética en un sentido profundo.

Sófocles en Edipo Rey, medita sobre el destino de este, pero, sobre todo, medita sobre sentido de la condición humana. La imagen de Sófocles difícilmente podría ser más sombría: lo mejor para nosotros es no haber nacido o dado el caso de haber nacido, lo mejor es morir pronto. Sería difícil pensar en una expresión más sucinta y poderosa, pero al igual que Sófocles, la obra Santiago Betancur subraya, la extraña percepción de que la vida es, por sobre todas las cosas, trágica.



REVISTA DE DIFUSIÓN ACADÉMICA

ISSN 2718-6318

Año II | Número 6 | Julio 2021

Vivisection, ontology and contrast. The human nature in the work of Santiago Betancur

Antonio Correa Iglesias⁴

ancoiglesias@gmail.com

⁴ Profesor, Filósofo y Escritor. Coordinador del Programa de Filosofía y Ética en Cuba, Universidad de Miami. Asesor y tutor de tesis de doctorados, Multiversidad Edgar Morin, Mexico. Fundador/MRG de C&B Art Collection LLC. Asesor editorial/ columnista revista CdeCuba Art Magazine, Valencia, España. Columnista, Hypermedia Magazine. Colaborador de la Revista El Estornudo.

“... you are knocking in vain, we are inside.”

Borges

“[...] violence, power, cruelty were the supreme characteristics of the men who had definitively lost their place in the universe and were too proud to yearn for a theory of power that would return them safe and sound to the world.”

The Origins of Totalitarianism. Hannah Arendt

The modern subject has historically distinguished between the alternatives of an “instrumental or “emancipatory” reason by prefiguring in advance the conditions of an existence deprived of essence. What is the modern individual but an entity? As my colleague Denise Najmanovich has correctly defined, “a pure, independent, incorporeal substance, but at the same time and also paradoxically an inner one in the fashion of a corn cob nested in the body, but mysteriously alien to it in radical form.”⁵



The theoretical models of modernism, be it in their philosophical, sociological, or political dimension, have turned the modern individual into a man (in the sense of gender) that could only be white, heterosexual, and patriarchal. Any derivation from this century-old logics lacked sense. The whole argumentative narrative that comes from the Kantian and Hegelian tradition has established – not only in the understanding of the individual – a sort of “metaphysics of the teleological activity” as unavoidable condition for his existence.

⁵ “Pensar la subjetividad. Complejidad, vínculos y emergencias” https://www.researchgate.net/publication/26476830_Pensar_la_subjetividad_Complejidad_vinculos_y_emergencia

The epistemological and linguistic turn that began to take place in the early 20th century evidenced the fissures in the positivist rational thought and relocated the search regarding the understanding of the modern subject.

The subject of modernity [the human being] and his conditioning in advance has led in the postmodern “tradition” to a criticism of the dominant rationality and teleology, evidencing the dissolution of the entity to allow the emergence of the notion of corporal. Since the “postmodern” body lacks an anticipated purpose, the instrumental and emancipative reasons lead to the “communicational action” [Habermas], a hermeneutic and linguistic exercise that replaces the teleological course of the modern episteme in its strong eschatological orientation, since the purpose is to search for an identity no longer coded in the recognition of the instrumental rationality but in the evaluation of the individual and the contents he is capable of generating through levels of order and complexity; something that Heinz von Foerster called “self-organized systems” and their surrounding environments in “The Seeds of Cybernetics”.

The work of Santiago Betancur could be considered part of this intellectual space and would not necessarily mean a conditioning or reductionism. What indeed is true is that both Santiago’s painting and sculpture visualize the otherness of the human condition, antithesis of the subject in modernity.

The convincing, brutal, and not in the least relished visuality in the work of this Colombian artist makes him a visual creator consumed by an agony that becomes meaningful with his existentialist concerns. The anthropological condition emphasized in the work of Santiago Betancur leads to an understanding of the human in deep impairment, in an accomplice decomposition of its founding condition. Both his painting and small format sculptures place the body on the vivisection table and explore their entrails to try to find a lost identity, a treasure that, like the ring, has got lost in the pond. If the subject of the identity disappears, only a brutal body in deep “ecstasy” remains. There is pleasure also in pain; the body mortified by the spiked belt finds the ecstasy of Saint Theresa in the contemplation of the divine argument, although it may be, as has been, a non-fulfilled premise.



Both the painting and the sculpture of Santiago Betancur make contrasting states coincide. There is libido and morbid interest, lyricism and aberration; there is also consternation and ecstasy. The amorphous bodies, with some vestige of what was once human, lie with extended legs, as if dancing, ready to share their flesh, their blood, their extinct fluids in a rictus of bitterness and despair. Trying to vocalize a complaint, a sigh that transforms into a silent shout, the dancers hide their suffering to disguise the convincing truth: we will never succeed in escaping...

The handling of the light, the shadows, and consequently the recurrent darkness create a sinister atmosphere. Will there be future for humankind? And the reason is that there is something frightening in the work of Santiago Betancur, particularly in the chromatic handling that so well reminds me of the bodies' decomposition processes documented in Andrés Serrano's photographs or in the also photographic work of the Cuban artist Rodney Batista. Without any doubt, Santiago Betancur's visuality is the antithesis of every effort of complacency. His brutal characters show us a reality that is difficult to avoid: ethics in a deep sense.

Sophocles in *Oedipus Rex* meditates on the latter's destiny, but above all on the meaning of the human condition. The image of Sophocles could hardly be more somber: the best thing for us is not to have been born, or given the case that we were born, to die soon. It would be difficult to find a more succinct and powerful expression, but, like Sophocles, the work of Santiago Betancur underlines the strange perception that above all things life is tragic.